

te, sordo amenazador, de los aceros? Temen que inspiremos simpatía en cada centinela y los cambian por minuto". Frotóse los ojos con el pañuelo, arrancándoles la visión del pesar que lo amagaba y respiró con todo el pecho como si no hubiera respirado mientras dormía. El poeta, seguramente, anulaba en su alma al político; y turnábanse, en ella, deslumbrándola, el ideal de la patria, por quien moría, y el amor de la esposa, por quien anhelaba a vivir. "Al general Angeles—murmuró—no se atreverán a tocarle. El ejército lo quiere, porque vale mucho y, además, porque fué maestro de sus oficiales. Huerta peca por astucia, y no disgustará, fusilándolo, al único apoyo de su gobierno. En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución; asesinar-nos equivale a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derrocaría a los traidores, rescatando a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que los fusilen. Carece de la educación menester para lo primero. Le sobran coraje y pujanza para lo segundo...."

Pino Suárez, en lo íntimo, muy adentro, desconfiaba de la virtualidad de su lógica y argüía, con palabras optimistas, al pesimismo interno y secreto de su pensamiento: "Yo—añade—¿qué es lo que he hecho para que intenten matarme? La política solo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones. Y créame usted que sólo he querido hacer el bien. La política, al uso, es odio, intriga, falsía, lucro. Podemos decir, por tanto, el señor Madero y yo, que no hemos hecho política, para los que así la practican. Respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir leyes y exaltar la democracia en ban-carrota, ¿es justo que conciten enemiga tan ciega, y que, por eso, lleven al cadalso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intrugaron, que no engañaron, que no lucraron? ¿Es acaso que el mejor medio de gobernar los

pueblos de nuestra raza lo dá el ánimo perverso de quienes lo explotan y oprimen?

Sumergido en esta dolorosa meditación, cerró los ojos y apoyó la frente en ambas manos. El centinela entregaba la guardia a otro centinela. Y el nuevo, ocupó su puesto como un objeto inanimado que se coloca sobre una mesa. Lo miraba con curiosidad. Era un indio pequeño, de ojos pequeños, de brazos pequeños, de piernas pequeñas. Todo él era pequeño y representaba, no obstante, la brutalidad de la fuerza. El uniforme no le cuadraba: un uniforme descolorido, cortado para un cuerpo de mayor volumen que el suyo. Los calzones, muy anchos y arrugados, producían el efecto de que se le estaban cayendo. En cambio, la bayoneta, erguida, se mantenía recta como el patriotismo de los presos a quienes cerraba el paso. Lejos, alguien caminaba con prisa franca de vencedor; una voz distante pregunta y otra voz, aguda, más cercana, contesta, sin que entiendan las palabras. Es la luz que domina y la vida que comienza de nuevo a reinar. Y el propio Madero, despierto, se incorpora sobre los brazos de Gustavo, para saber qué hora es.

—Las cinco y media.

—¿Ve usted, ministro? Lo del tren a las cinco era una ilusión.

Y continuó su sueño dulce y tranquilo, en el espíritu de su hermano.... La esperanza, nunca marchita en su ineptitud para el mal, había perdido un pétalo entre millares de hojas que al riego de su apostolado retoñaban. Pino Suárez, poeta, concebía mejor la realidad que Madero, agricultor; y aunque disertando, apartaba de sí la idea del martirio, no se desvanecía en su mente vigorosa a la horrible visión del suplicio. Más tarde, cuando en torno de la mesa rústica sirve un muchacho desarrapado el desayuno, se sobrepone a la lógica de sus meditaciones el temor intenso:—"No, ministro, no pruebe usted la leche que podría estar envenenada". Tomando rápidamente un sorbo, resolvió el punto; y charlamos, a

la manera de antiguos camaradas que se preparan a reanudar alegre cacería en la montaña profunda. Madero recorre con la vista los trastajos y cachivaches amontonados en el extraño comedor; y volviéndose al sirviente le dice:

—Con este peso, cómprame los periódicos del día. Quiero saber qué ocurre.

Angeles, Pino Suárez y yo, cambiamos una mirada de inteligencia. En los periódicos leería, con espantosos detalles, la muerte de Gustavo. Pero, a una sola reflexión, en el fondo hábil pretexto, cedió el desventurado presidente: "Sería peligroso para el criado y, de averiguarlo sus carceleros, acaso pagara su imprudencia con la vida".

—Entonces, permítanme ustedes dormir la media hora de sueño que aún debo a mi costumbre....

Y se envolvió en el sudario de Gustavo....

## V.

*El optimismo de Madero. Pino Suárez analiza su situación. Madero pretende apelar a los medios legales. La señora de Pino Suárez entra en la Intendencia. El Ministro de Cuba sale del Palacio. Júbilo del gran mundo mexicano. Noticias espeluznantes. El ex-Canciller. Las tribulaciones de la familia de Madero. Reunión del Cuerpo Diplomático. El reconocimiento del Gobierno provisional. El Ministro Cologan redacta el discurso que ha de leer a Huerta el Decano Mr. Wilson.*

A las diez de la mañana todavía nos hallábamos en la intendencia del palacio nacional de México. El dormitorio acababa de recobrar sus preeminencias de "sala de recibo"; Pino Suárez, encorvado sobre el bufete, es-

cribía una carta para su esposa, que ofrecí entregarle; y Madero, sumergido en el remanso de su dulce optimismo, formulaba planes de romántica defensa. Desde luego, no concebía que tuviese Huerta deseos de matarle; ni aceptaba la sospecha de que Félix Díaz consintiese en el bárbaro sacrificio de su vida, siéndole deudor de la suya. Pero, a ratos, la idea del prolongado encierro le inquieta; y sonríe compadecido de sí mismo. Educado al aire libre, admirable ginete, gran nadador, la tétrica sombra del calabozo le amargaba. Pino Suárez, que concluye su tarea, declara que el peligro consiste en permanecer dentro de la intendencia y prefiere que les trasladen....

MADERO:—¿A dónde?

PINO SUAREZ:—A la penitenciaría. Estamos aquí a merced de la soldadesca....

Y el poeta canta sus desventuras: "Me persiguen los mismos odios que al presidente sin la compensación de sus honores, ni su gloria. Mi suerte ha de ser más triste que la de usted, señor Madero...." Ambos callan dirigiendo los ojos, casualmente, al centinela. Y Madero, rompiendo el silencio, exclama: "Somos hoy simples ciudadanos y debemos buscar protección en las leyes. ¿No lo cree usted así, ministro?"

PINO SUAREZ:—La única protección eficaz sería la del Cuerpo Diplomático.

Y analizaron el problema. Pino Suárez opinaba que convendría prometer a Huerta, por medio de los ministros extranjeros, un manifiesto, suscrito en Veracruz a bordo del crucero "Cuba", obligándose a no tomar parte en la política; mas, a juicio de Madero, Huerta recordaría que jamás cumplieron compromisos de este género los caídos que firmaron tales manifiestos. Y añadió con altivez: "Pues, vaya! ¡Que crea en nuestra palabra y... en la suya!" Fácilmente llegaron a un acuerdo.

MADERO:—Pino Suárez escribirá a su esposa para que presente al juez recurso de amparo a su favor; y yo

suplico a usted, ministro, que les diga a mis padres que presenten uno por Gustavo y a mi señora que presente otro por mí...

En ese instante apareció, ante nuestra vista, envuelta en tupido manto negro, la esposa de Pino Suárez. Al acercarse, descubrió el rostro y se arrojó, deshecha en lágrimas, a los brazos de su ilustre marido. Un caballero que la había guiado, nos explicó aquel milagro. "En estos momentos cambian la guardia y casi de sorpresa hemos penetrado hasta aquí..." En efecto, minutos después, el nuevo jefe saludaba con respeto a Madero, y le rogué que pidiese, por teléfono, para retirarme, el coche de la Legación de Cuba.

MADERO:—Usted gestionará con el Cuerpo Diplomático... si lo considera prudente. Pero, no queremos causarle otras molestias... Y lo relevo del recado a mi familia, que transmitirá la señora de Pino Suárez.

Nos despedimos como quienes en corto plazo han de volver a verse; y el general Angeles, a la salida, nos apretó la mano fraternalmente.

El patio era todo sol y alegría. Centenares de soldados en amoroso deleite con sus mujeres, comían hartándose, las clásicas tortillas de maíz, sentadas las parejas, unas, en los petriles de las ventanas, las más en el suelo, y rodando en simpático desorden fusiles y mochilas. El coche atravesó lentamente los grupos de tropa y de curiosos. Los caballos, a paso de ceremonia, producían ruido sordo, ondulante, retumbado arriba en los oídos de Huerta. Entre los arcos del patio contiguo, varias chisteras andaban de prisa. Y el coche, pesadamente, asoma a la vida de la calle por la inmensa puerta del palacio. Rodea el zócalo que guardaba su gesto de locura; y marché por la Avenida de San Francisco. Estaba de fiesta el gran mundo mexicano. Lucían damas y magnates, en magníficos trenes, el júbilo de una victoria funesta. De extremo a extremo saludos "inefables" como caricias. Y mientras Madero iba al suplicio envuelto en el sudario de Gustavo, los elegantes, los ricos, los dueños

del latifundio, regresaban del ostracismo en el alma de Porfirio.

Mi familia, era presa de honda angustia. Circulaban, por la ciudad, noticias espeluznantes de la suerte de los cautivos; y habían informado, a mi esposa, de que Madero y Pino Suárez murieron en súbita refriega, con riesgo de sus acompañantes; falso rumor que fué personalmente a desmentir el señor Lascurain, y que desvaneció, en seguida, el telefonema desde palacio pidiendo "el coche del señor ministro". De la legación pasé a la casa del excanciller, donde encontré a la familia del señor Madero, que me refirió los tormentos y zozobras de la noche anterior. Dispuesto el convoy para emprender viaje a Veracruz, familiares y amigos ocuparon los vagones. Transcurren inútilmente las horas; el señor Lascurain, y nuestro colega de Chile, van a palacio sin conseguir entrada; y a las dos de la mañana, cuando los prisioneros dormían, resignados al infortunio, sus deudos abandonaban la estación refugiándose, conscientes de la inmensidad de su desgracia, bajo la noble bandera japonesa... Finalizaba el doloroso relato, hecho simultáneamente por muchas voces, al entrar el señor Lascurain, profundamente emocionado. Las circunstancias le habían discernido, en el drama, el trance más difícil y sólo el tiempo será escrupuloso depurador de su conducta, limpia de la falta que sus adversarios le atribuyen. Uno tras otro, llegan varios colegas; y se proyectan gestiones desesperadas: hablar a Huerta, conmovir a Wilson... Luego, desfilaron poco a poco ministros, damas, parientes y amigos, cada cual a mover algún resorte de piedad.

Las nueve de la noche. Al frente de la embajada americana se detienen varios automóviles. Los grupos que charlan en torno del pintoresco edificio, dejan franco el paso de la verja. Y unos cuantos caballeros de aspecto grave, suben la escalinata y hablan y se saludan. Son todos ministros extranjeros y acuden a la invitación de Mr. Wilson, el decano, que les recibe cortesmente.

Yo, de una mirada, reconozco el lugar donde Huerta y Félix Díaz, queriendo devorarse, en homenaje a la dura conveniencia, se abrazaron, y, precisamente, a la derecha de la mesa que conmemora el famoso "pacto de la Ciudadela" en realidad "pacto de la embajada", ocupó hermosísima butaca el insondable diplomático, enemigo férreo del blando Madero. Una docena de potencias de todos tamaños, en las personas de sus "enviados", formaron, en círculo perfecto, sobre la alfombra verde y roja, el tendido del próximo torneo. Mr. Strong, ministro inglés, cierra los párpados y respira fuerte por las narices. Cólogan, el de España, en un sofá, cruza sus largas piernas, frota con ambas manos su barba gris y conversa, a un lado, en buen francés y al otro, correctamente, en la lengua de Shakespeare. Junto a Cólogan el señor Cardoso, del Brasil, mi amigo desde Petrópolis. Más allá, el de Alemania, un contralmirante chico, redondo, lampiño, amable por hábito, que llega el último y ríe con el de Noruega una gracia germánica. El embajador "abre la sesión" y dice en castellano:

—Señores ministros....

Podía escucharse con sus palabras el vuelo de una mosca. El objeto principal de aquella junta lo proporciona la nota del subsecretario de Relaciones Exteriores en que participa, al decano, la ascensión del general Victoriano Huerta a la Presidencia de la República, "por ministerio de la ley", y su propósito de recibir al siguiente día, a los once, en el palacio nacional, donde estaban presos todavía Madero y Pino Suárez, al Honorable Cuerpo Diplomático.

EL EMBAJADOR:—Dos cuestiones plantea el despacho del señor Subsecretario. El Cuerpo Diplomático ¿asiste a la recepción? El Cuerpo Diplomático ¿reconoce al general Huerta Presidente de la República?

Para el señor Cólogan no pueden los ministros extranjeros negarse a reconocer el gobierno provisional, producto de la Constitución mexicana, igual que lo fué el del señor de la Barra, al renunciar Porfirio Díaz. Mr.

Wilson asiente, el inglés abre los ojos, el alemán parece que dice algo de importancia. Me dispongo a prestarle atención. Pestaña; nervioso y sonriente frunce los labios imitando con ellos un adorno de trapo; y mudo gana la delantera, por discreto, a las demás potencias. Mr. Wilson, satisfecho, y dando por resuelto con el segundo el primer extremo de la consulta, recupera la palabra:

—El acto será solemne y de rigor debo leer en él un discurso que ahora convendría confeccionar.

El embajador se detiene y con la mirada interroga a diestra y siniestra. Algunas cabezas afirman. Otras, a semejanza de la del centinela de la intendencia, se mantienen como talladas en mármol. Propuso, entonces, el atinado embajador, una comisión redactora, que supiese el habla de Cervantes. Y a renglón seguido pronunció tres nombres:

—España, Inglaterra, Alemania.

Jamás le ocurría, y es de observarse, a Mr. Wilson, que en las comisiones, de ese carácter, figurasen ministros latinoamericanos, el de Chile o el del Brasil, por lo menos, en materia diplomática doctísimos y no inferiores, en saber, a los europeos allí presentes. La cuestión mexicana afectaba directa y hondamente a la diplomacia continental; a la política y a los intereses de las naciones latinoamericanas; y debieron siempre hallarse representadas, por sí mismas, en la constante labor del cuerpo diplomático.

Retiráronse, a deliberar, los tres personajes y en cuatro rasgos interpretaron la expresa voluntad y el manifiesto anhelo de Mr. Wilson. Cólogan, es hombre inteligente, avezado a los empeños diplomáticos, bondadoso, hidalgo. El embajador lo quiere. Y nunca estorba al embajador en sus designios.

—Muy bien!—exclama Mr. Wilson a cada sílaba que le ufano el ministro de España; y Cólogan disfruta de una gloria, deleznable, es cierto, efímera, sin duda, pero intensa: la gloria literaria. El documento circula de aquí

para allá; lo examinan muchas gafas de oro; y su autor, complaciente y animoso, lo traduce al francés, al inglés, al alemán, al italiano, al noruego, al portugués, al ruso, a más idiomas que lo hayan sido las novelas de Pérez Galdos, los dramas de Echegaray, las comedias de Benavente y los versos de Nuñez de Arce....

El honorable Cuerpo Diplomático rubrica y sella, con sus sellos particulares, en espíritu, el convenio del reconocimiento. Ahora toca el turno a la suerte de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR: (amable, señalándome con la hoja de papel escrita por España, Inglaterra y Alemania):—El señor ministro de Cuba, acompañó anoche a los prisioneros; y yo le ruego que nos ilustre con sus informes.

EL CUBANO:—Señores ministros....

## VI.

*El Cuerpo Diplomático se informa de la situación en que se hallan Madero y Pino Suárez. Gestiones particulares de los ministros. Wilson declara que Huerta, ya presidente, respetará la vida de los prisioneros. El Ministro de Cuba niega que Madero diese muestras de demencia. Cuba ha conquistado los corazones honrados.*

Pero, el señor ministro de Chile había presenciado el acto en que firmaron los prisioneros la renuncia de sus cargos, y le cedimos el turno en provecho de mejor información. El señor Hevia Riquelme es un diplomático de brillante ejecutoria; y andaba, con paso firme y seguro, en terreno conocido. Ojos pequeños, vivaces; nariz recortada; y, sobre la fina perilla, copo de nieve pen-

diente del labio, erguidos y largos los bigotes blancos. Era su silueta la de un noble de los tiempos de Felipe IV; aristócrata por el gesto, los modales y el generoso arranque. Habla con lentitud y refiere, detalle por detalle, el singular proceso. Reproduce con minucioso encanto el escenario; y cita nombres, retrata personajes, describe situaciones. El auditorio escucha con respeto. Mr. Wilson mueve pausadamente la cabeza; y de nuevo nos brinda la palabra, apenas concluye el chileno su relato.

Las miradas vuelven sobre el ministro de Cuba, que explica cuanto no ignora quien haya leído estas "notas", y algunos colegas le interrumpen con preguntas que en seguida responde.

EL MINISTRO H. (europeo):—¿Es cierto que al señor Madero le maltratan?

EL MINISTRO DE CUBA:—¿Maltratarle? Según lo que se entienda por maltrato....

EL MINISTRO H.:—Entiendo por maltrato una residencia incómoda, mala comida, falta de servidumbre....

OTRO MINISTRO (también europeo):—Se dice que no han proporcionado al señor Madero cama en que dormir....

EL CUBANO:—Los señores Madero y Pino Suárez no se quejan de la comida, ni es incómoda la habitación. Solo les falta lecho en qué acostarse... y más prudencia de sentinelas.

EL MINISTRO H. (Señalado por su enemiga al gobierno y a la persona de Madero):—Oh, eso es impropio. No se puede olvidar que el señor Madero ha sido hasta ayer el jefe de la nación.

EL MINISTRO X.:—Yo no creo que peligre la vida de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR:—El Presidente Huerta no consintió la salida del tren que había de conducirlos a Veracruz, por razones de orden político.

EL CHILENO:—Todos los ministros convenimos en

recomendar personalmente al señor Huerta el trato más benigno para ambos presos.

Y uno por uno fué preguntando a cada colega si había gestionado en favor de los caídos.

MR. WILSON:—El señor ministro de Alemania me acompañó a entrevistar, con ese fin, al presidente.

El de España, dió pormenores de su conferencia con el general Huerta; y otro tanto el del Brasil. Uno solo no quiso unir sus votos a los nuestros. Lo declaró con tono solemne, con frase intencionada, corta, maciza.

Al despedirme, Mr. Wilson, regocijado, sostuvo conmigo, a media voz, un diálogo sugestivo y trascendental:

EL EMBAJADOR:—¿Piensa usted, ahora, ir "allá"?

EL CUBANO (sonriendo y procurando leer en el alma de Mr. Wilson):—¿A dónde?

EL EMBAJADOR:—"Allá".... al palacio con el señor Madero....

EL DE CUBA:—No, señor embajador. Nadie me lo ha pedido.... Yo fui anoche, porque así lo concertaron los señores Huerta y Madero. Me quedé porque, a última hora, una de las partes, Huerta, faltó al compromiso, y hubiera sido repugnante que yo abandonara en ese momento a la otra parte, al señor Madero, que me consideraba su única garantía, y como tal garantía fui llamado, en acuerdo con el propio Huerta.

EL EMBAJADOR:—Se condujo usted noblemente, ministro; y al general Huerta no le ha disgustado su proceder; porque usted es ahora buen testigo de que nada sufre el señor Madero. De ayer a hoy las circunstancias han variado por modo extraordinario. El jefe del ejército, sublevado contra el señor Madero, a quien pudo fusilar, se ha convertido en Presidente de la República y tiene, ante los Estados Unidos, y ante el mundo, la responsabilidad de la vida del señor Madero....

EL CUBANO:—Usted cree, embajador....

EL EMBAJADOR:—Sería una desgracia para Huerta el matar al señor Madero. Anoche, estando usted a su lado, no se hubiese atrevido Huerta a tocarle; pero, hoy la vida del señor Madero corre menos riesgo que la de usted y la mía. Su único peligro (añadió riendo) es un terremoto que lo sepulte bajo los escombros del palacio nacional.... El señor Madero no necesita ya de que usted le ampare. Todo se ha hecho para salvarle y está salvado.... (Mr. Wilson se detuvo como reflexionando y continuó): Al general Huerta le han dicho que el señor Madero daba anoche muestras de completa demencia y que esto decidió a usted a no dejarle....

Para el embajador, la solución del problema consistía en encerrar a Madero en un manicomio, y me produjo honda alarma la idea de que esa cruel medida se adoptase, dando yo la falsa prueba.

EL CUBANO:—Han engañado al general Huerta. Jamás he visto al señor Madero tan sereno y tan lúcido....

Mr. Wilson es hombre flaco, de estatura mediana; nervioso, impaciente, impresionable; facciones duras y semblante seco; bigote gris, caído; mirada penetrante; y los cabellos, en gran pobreza, divididos en raya sobre la mitad de la frente....

—¡Oh!—interrumpe—¿es cierto eso?

EL CUBANO:—Sí, embajador; Madero guardó anoche tranquila compostura; más en calma que ahora estamos nosotros. En todo el tiempo que estuve junto a él, no habló mal de nadie, ni siquiera de sus peores enemigos, de Huerta, de Félix Díaz, de Mondragón....

En la calle el grupo de curiosos contemplaba el desfile de ministros. Varios caballeros, casi en su totalidad yanquis, me detuvieron:

—Señor ministro—dijo uno de ellos:—ha sabido usted conquistar para Cuba los corazones honrados....

## VII

*La diplomacia europea y la diplomacia intermediaria del yanqui. Recepción en Palacio. El reconocimiento de las potencias. Los discursos. Dulces y licores. Las damas de la familia Madero. Gestiones desesperadas. Los leales se esconden o huyen. Entrevista de la esposa de Madero con el embajador Wilson.*

Habrás penetrado, lector, en la importancia que tuvo, para los destinos de México, la última reunión del Honorable Cuerpo Diplomático, toda ella repleta de enseñanzas para los que reconocíamos, en el dolor de la patria de Juárez, algo de nuestras propias desventuras. Vagando, en torno de los representantes europeos, la sombra de Monroe, nadie intenta contrariar al embajador americano. Al romper la tempestad, el europeo se acoge a la diplomacia intermediaria de Mr. Wilson, a quien supone intérprete de su gobierno, sólidamente respaldado por la sesuda cancillería de Washington. No se escapaba, desde luego, al sereno observador, lo turbio y contradictorio de la política seguida por el yanqui, exajerado en sus juicios e impropriamente enardecido en contra del indefenso Madero, que tuvo en él epiléptico adversario; pero, los ministros del Viejo Mundo imaginaban los hilos en manos del presidente Taft, y amoldaban sus principios, y los ideales del derecho y la justicia, a Mr. Wilson, especie de Providencia de los intereses mundiales, confiados a la táctica de los Estados Unidos. En las relaciones de Europa con la América Latina, ése es el régimen vigente. ¿Podían negarse aquellos ministros al dictamen de Mr. Wilson, que oficialmente encarnaba el poderío, la voluntad, el firme propósito, los designios de la gran República del Norte? El embajador se alza entre ambos Continentes; y ejerce de Supremo Dele-

gado Universal. Necesita libre los brazos para la inmensa responsabilidad que descarga el planeta sobre sus hombros; y no le oponen resistencia los europeos, ni combaten sus prejuicios, ni les preocupa el móvil de sus planes, diplomacia espectante y, en cierto modo subalterna, estrecha, limitada, estrictamente profesional, sujeta a resortes fijos y distantes que, a veces, los propios ministros desconocen. El diplomático europeo que sabe de memoria su papel lleva el espíritu cortado a la medida que exigen las circunstancias; obedece a un mecanismo de tradicional habilidad, y cumple su misión, ahora, fingiéndose indiscreto, después apretando los tornillos de la reserva; si violento, obedece algún mandato; si calla y se resigna y endulza su lenguaje, es el soplo de su gobierno que lo inspira y lo dirige y lo domina. Mr. Wilson, en cambio, desborda sus iras y refleja, en el semblante, el interno fuego de sus pasiones. Le falta benevolencia; y lo aturde la fuerza que guarda sus espaldas. Juguete de medieval orgullo, su diplomacia es ciencia de coloso. Y sintiéndose coloso está satisfecho de su obra. En un "regio" departamento del palacio nacional, conversa con sus colegas, todos, y él mismo, de uniforme. Desperté de un sueño luctuoso, entre casacas bordadas de oro, radiantes de luz, y espadines y tricorneos y plumas y penachos; y en orden de rigurosa precedencia, a la señal del flamante jefe del protocolo, fué la marcha al Salón de Embajadores. Un grupo de "chambelanes", en la puerta, presenciaba alegremente el diplomático desfile, rodeando al "héroe del cuartelazo", vestido de paisano, que disfrutaba de las efímeras ventajas de un simple abrazo; y anticipaba la sensualidad presidencial, con secas reverencias a los ministros que halagaron sus ansias en artificiosa cortesía. "Está triste...", me dijo alguien al oído; y, en efecto, disimulaba sus "recelos" llenando de aire los cachetes. "No tiene cara de presidente...", observó la misma voz al chocar nuestros ojos con la mirada lánguida y el redondo cráneo de Félix Díaz. Mas, de improviso, ilumináronse sus mejillas del

aparente vencedor; y soltando el buche de aire que retenía, bajo el espeso bigote, sus labios de mixteca, rindió homenaje de cariño a Mr. Wilson, que hartó merecía expansiones de positiva gratitud. Entramos uno a uno en silencio y formamos dorada elipse. Por el fonde apareció Huerta, ceñida la vieja levita, que no hubo tiempo de hacerla nueva, acompañado, en triunfo, de sus ministros. El traje le caía tan mal como los pantalones al centinela de Madero. Pausadamente se adelantó, inclinando a derecha e izquierda la cabeza. Erguido, acomodó los espejuelos para mirar, persona por persona, a los representantes extranjeros; y repitió la inclinación de la cabeza, a diestra y siniestra. Fué aquella su primera ceremonia; y no lo turbaron el recuerdo de sus víctimas, encerradas en la intendencia del mismo palacio, bajo sus pies de sultán, ni el solemne aparato diplomático. Mr. Wilson leyó entonces la pieza literaria del señor Cologan, vertida al idioma de Edgar A. Poe. Nosotros la conservamos en la lengua del clásico D. Francisco de Quevedo:

"Señor Presidente:

El Subsecretario de Relaciones Exteriores me informó, por medio de una nota de fecha 20 del actual, que Vuestra Excelencia había asumido al alto puesto de Presidente Interino de la República, de acuerdo con las leyes que rigen en México. Al mismo tiempo me manifestó que Vuestra Excelencia recibiría con gusto a los representantes de los gobiernos extranjeros acreditados en México; esta misma nota, que el subsecretario de Relaciones tuvo la deferencia de enviarme, fué comunicada también a mis colegas.

Por lo tanto, nos hemos reunido aquí para presentar a Vuestra Excelencia nuestras sinceras felicitaciones, no dudando que, en el desempeño de nuestras altas funciones en las actuales circunstancias por que atraviesa México, que tanto interés despierta en sus países amigos, Vuestra Excelencia dedicará todos sus esfuerzos, su patriotismo y conocimientos al servicio de la Nación,

y a procurar el completo restablecimiento de la tranquilidad, ofreciendo a mexicanos y extranjeros la oportunidad de vivir en paz y contribuir al progreso, a la felicidad y al bienestar de la nación mexicana".

En ayunas se hubiera quedado el presidente de cuanto dijo su camarada, a no ser por la costumbre de remitir, previamente al ministerio de Relaciones Exteriores, copia de tales discursos. A cada coma y a cada punto, asentía Huerta con gesto convencido; y, al llegar el turno de contestar, pronunció cuatro párrafos de acartonada prosa, pegados a la memoria.

"Señor Embajador:

Agradezco profundamente las bondadosas palabras que acabais de dirigirme en vuestro nombre y en el del Honorable Cuerpo Diplomático aquí reunido, en esta solemne ocasión en que por primera vez tengo la honra de recibirlos como Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Los acontecimientos que acaban de pasar han sido el epílogo de la lucha fratricida que ha ensangrentado a la patria, y podéis estar seguros de que pondré todo lo que esté de mi parte — hasta el sacrificio de la vida si fuere necesario — por conseguir la paz que todos anhelamos.

Me complazco en aprovechar esta oportunidad para declararos que el gobierno de la República seguirá inspirándose en los más puros principios de equidad y de justicia y en el estricto cumplimiento de sus deberes internacionales, y os prometo, señores representantes de las naciones amigas, que mis esfuerzos y los de mis ilustres colaboradores, se encaminarán a garantizar plenamente las vidas y los intereses de los habitantes del país, nacionales y extranjeros.

Recibid, señor Embajador, para vos y para todos los respetables miembros del Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en México, mi más atento y cordial saludo"

En el rudo aspecto de don Victoriano, despuntaba la fibra de un carácter de bronce y nada vulgar entendimiento. Salimos, en procesión, de igual suerte que habíamos entrado; Huerta dedicó lucidas flores de su ingenio selvático al hijo del Sol Naciente, iniciando allí su política japonesa, no obstante la protección del generoso Hurigutchi a la familia de Madero; y transcurridos breves instantes rodeábamos, en el cercano departamento, una mesa cubierta de pasteles, dulces y licores. Mr. Wilson, alegre como unas Pascuas, mojaba con finísimo jerez el regocijo; y en pleno delirio de entusiasmo, concluyó por levantar la copa, rebosada, y brindar por Huerta, por "su gobierno que devolverá la paz al pueblo mexicano..."

—Y para mañana, queridos colegas, aniversario del nacimiento de Jorge Washington, añadí, os invito con vuestras damas, en nombre también de la mía, a que vayáis a la Embajada a las cinco de la tarde...

Atravesaron los coches y automóviles del Honorable Cuerpo Diplomático el más ancho patio de palacio. Al vecino, dá la intendencia donde se hallan vigilados, por el pequeño centinela inmóvil, Madero y Pino Suárez, que esperaban la libertad o la muerte. Se estremeció el piso. Y acaso las víctimas en aquel instante se estremecieron....

La madre, la esposa y las hermanas del presidente caído, gestionaban, de puerta en puerta, la salvación; ocultos, en lugar seguro, porque de otro modo habrían sido encarcelados, por pronta providencia, don Francisco Madero, padre, y don Ernesto Madero, tío del Apóstol. En continua diligencia, las nobles señoras iban y venían de la casa de España, de la de Cuba, de la del Brasil, de la del Chile, de la del Japón, esta última, hasta entonces, asilo piadoso de la conturbada familia. Cada hora, fracasado un plan, intentaban otro; aquí, acudían buscando consejo, allá, una mano protectora; y en todos

lados el desaliento o el pesimismo o el miedo, las rechazaba.... Los amigos huían disfrazados, ya en los trenes o en la montaña; o hurtaban el cuerpo a la borrasca en algún sótano apartado, en la mísera buhardilla o en rincones y agujeros del suburbio; y no había jueces, ni abogados, ni otras leyes que el sable tinto en sangre, el espía, el delator y el tenebroso esbirro. Las señoras de la católica aristocracia que imploraron de Madero la vida de Félix Díaz ¿por qué no exigen ahora de Félix Díaz la vida de Madero? Y la ilustre familia que encuentra cerradas las puertas y sordos los corazones, va de una legación a otra, y solo mantienen activa su esperanza unos pocos ministros extranjeros que se estrellan en la cálida inquina de Mr. Wilson. Cuando la madre llorosa, enlutada ya por el suplicio de Gustavo, deposita en manos del raro embajador un despacho dirigido a Mr. Taft, en el que demanda los buenos oficios del poderoso presidente, Mr. Wilson acepta de mala gana el honroso encargo y nunca se recibe de Washington la respuesta; y sí, por iniciativa de quien esto escribe, a fuer de críticos los instantes, acude la fiel esposa a la inspiración humanitaria del dramático personaje, grita desde el fondo de su alma la soberbia y no le enseña otra senda que el abismo.

EL EMBAJADOR:—Vuestro marido no sabía gobernar; jamás pidió ni quiso escuchar mis consejos....

No cree que sea Madero degollado; pero no le sorprende que expie Pino Suárez en el cadalso, la tacha inmortal de sus virtudes....

LA SEÑORA DE MADERO:—¡Oh, eso, imposible! Mi esposo preferiría morir con él....

EL EMBAJADOR:—Y, sin embargo, Pino Suárez no le ha hecho sino daño.... Es un hombre que no vale nada; que con él nada habría de perderse....

LA SEÑORA DE MADERO:—Pino Suárez, señor, es un bello corazón, un patriota ejemplar, un padre tierno, un esposo amante....

El brusco diálogo se prolonga, y no tiene Mr. Wilson

una palabra de alivio.... ¿Pedir él la libertad del señor Madero interesarse por Pino Suárez? Huerta hará lo que mejor convenga.... La expatriación, por Veracruz, ofie fa peligros ¿por qué no se logra en Tampico? El embajador, inexorable.

LA SEÑORA DE MADERO:—Otros ministros se esfuerzan por evitar una catástrofe. El de Chile, el del Brasil, el de Cuba....

EL EMBAJADOR (sonriendo con crueldad):—No.... tienen.... influencia....

Entretanto llegaba yo a la embajada; y en el sitio donde Félix y Victoriano, queriendo devorarse, accedieron a un abrazo, encontré a la señora del doctor Nicolás Cámara Vales, hermano político de Pino Suárez y gobernador del Estado de Yucatán.

—Aguardo al señor embajador—me dijo—que está en conferencia con la señora de Madero....

Y al esomar al vestíbulo, la esposa del mártir seguida de la señorita Mercedes, cuñada suya, salía del salón del frente.... Mr. Wilson saluda y la señora de Madero, sollozando, me informa de la entrevista.... Llevé a las dos damas a su automóvil y no hallé consuelo mejor que dirigir las a "mi" Legación. Volví a la Embajada y un secretario me proporcionó teléfono:

EL MINISTRO DE CUBA (a su esposa):—La señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes, van hacia allá, en este momento. Dale valor y enjuga sus lágrimas....

Mr. Wilson ahoga el agrio gesto en la sonrisa diplomática; y nos atiende.

EL EMBAJADOR:—Señor ministro....

EL MINISTRO:—Señor embajador....